

José León Tapia

6ª edición



0610924

Por aquí pasó Zamora

José Agustín Catalá, editor
CENTAURO / 92

987.0610924

7255

C.2.

José León Tapia

Por Aquí Pasó
ZAMORA

6ª edición



BIBLIOTECA NACIONAL
CARACAS - VENEZUELA

José Agustín Catalá, editor
CENTAURO / 92

EL AUTOR y SU OBRA

José Giacopini Zárraga

Comenzamos a interesarnos por los trabajos históricos del doctor José León Tapia cuando leímos su interesante estudio "Por Aquí Pasó Zamora", donde el gran caudillo federal y demás protagonistas así como también los sucesos narrados, cobran vida al combinarse el relato histórico en sí con la anécdota y la leyenda. Nuestro interés por el esfuerzo narrativo de este compatriota aumentó el saber que preparaba un ensayo biográfico sobre un personaje poco conocido de nuestras guerras civiles ocurridas en los años del cambio de siglo y primeras décadas del actual. Nos referimos al general Pedro Pérez Delgado, natural de Ospino, conocido popularmente con el apodo de "Maisanta" por utilizar de continuo al hablar esa expresión. Siempre hemos creído de la mayor importancia la investigación dirigida al estudio de sucesos y personajes relacionados con la última década del siglo pasado y primera mitad del actual porque las situaciones históricas y políticas que hoy vivimos son, en mucho, efectos de aquellas causas. Siendo de observar que lo reciente de ese período impide a veces ver y juzgar con objetividad los hechos y las personas.

Por todo cuanto antecede, el anuncio de la publicación de este nuevo trabajo del doctor Tapia nos mantenía en expectativa. Pero lo que sí constituyó para nosotros verdadera y feliz sorpresa fue que el autor por generosa intervención de nuestro común amigo doctor Ramón J. Velásquez, nos seleccionase para escribir las palabras de presentación

de la misma. Correspondiendo esta deferencia, trataremos dentro de nuestras posibilidades de cumplir con una misión que por otra parte nos honra y satisface.

El doctor José León Tapia, distinguido profesional de la medicina, nativo de Barinas y residenciado en esa población, lleva en sí una sincera vocación de historiador, la cual encuentra especial estímulo en la región donde vive y desenvuelve sus actividades. Los Llanos y poblaciones de Barinas han sido teatro, desde los mismos tiempos del período colonial, de hechos históricos importantes entre los cuales resaltan de manera especial las jornadas de la Guerra Federal que allí se produjeron con especial dureza. La misma profesión del doctor Tapia le pone en contacto directo con los habitantes de esas regiones, entre los cuales todavía existen personas que fueron testigos ellos mismos o recibieron de primera mano por tradición oral, informaciones importantes del pasado, hoy en peligro de perderse caso de producirse la desaparición de sus depositarios. Todos estos han sido factores contribuyentes para que el autor encontrase campo propicio y asidero a sus investigaciones alrededor de la vigorosa personalidad del general Ezequiel Zamora, quien dejó en los campos de Barinas un importante acervo de recuerdos y leyendas.

En cuanto a Pedro Pérez Delgado, fue un venezolano como ha habido tantos cuya vida estuvo signada por la violencia. Huye del hogar y se lanza al encuentro de la vida todavía en temprana edad por cobrar una deuda de honor. En esto existe cierta similitud entre él y el famoso revolucionario mejicano general Francisco Villa, quien por las mismas razones se inició en el camino de la lucha armada.

Comienza el biografiado su carrera en el campo de las armas, uniéndose a las banderas nacionalistas el año de 1898, cuando el general José Manuel Hernández lanza su grito de insurrección en Queipa como protesta ante el resultado de unas elecciones que considera ventajistas y amañadas. Pedro Pérez Delgado entretanto va ascendiendo desde los rangos más bajos de la vida militar a medida que participa en diversos hechos de armas, entre otros, el combate de la Mata Carmelera donde ve caer herido de muerte al general Joaquín

Crespo. Vencida la revolución, regresa por breve lapso a las ocupaciones de la paz para insurgir de nuevo en las filas de la Revolución Libertadora contra el gobierno del general Cipriano Castro teniendo en esta ocasión oportunidad de foguearse en diversos y recios combates. Vencido este movimiento, vuelve a la vida tranquila de los pueblos interioranos y es ya bajo el gobierno del Presidente Gómez, allá en la década de los años diez, cuando emerge de nuevo pero esta vez con la imagen propia de un caudillo militar incipiente. Su teatro de operaciones fueron los Llanos de Barinas y de Apure, aunque también utilizó como eventual refugio, las sabanas colombianas de Casanare, Arauca y el Meta adonde se dirigía cuando se hacía insostenible la permanencia en territorio venezolano. Fue uno de esos rebeldes que como los generales Emilio Arévalo Cedeño, Roberto Vargas, Alfredo Franco, Marcial Azuaje y tantos otros, que sería prolijo enumerar, se levantaron en armas para emprender una lucha sin esperanzas de triunfo contra el gobierno férreo del Presidente Gómez, quien les oponía una sólida estructura armada constituida por Presidentes de Estado valerosos y aguerridos, formados en los campamentos y en los campos de batalla: Vincencio Pérez Soto, Hernán Febres Cordero, León Jurado, Eustoquio Gómez, quienes reforzados con tropas regulares comandadas por recios jefes de batallón para citar algunos, coroneles Enrique Tovar Díaz, Julio Meléndez, Benicio Jiménez, Angel María Sánchez, Antonio Paredes Pulgar, José Ramón Peña. Esta maquinaria armada hizo nugatorios los esfuerzos de un grupo de venezolanos que habían probado el camino de la violencia y pensaban de buena fe que mediante ella podían derrocar el régimen que adversaban. Es de admirar el coraje de que hicieron gala esos compatriotas por lo desproporcionado de la lucha, el desprecio con que se jugaban la vida en medio de las más duras condiciones de una naturaleza hostil que a la vez les servía de cobijo y por el riesgo inmenso que significaba no sólo la posibilidad de morir sino peor aún, de caer prisionero para sufrir el régimen carcelario durísimo con que se castigaba en esos tiempos la insurgencia y la discrepancia política.

Pedro Pérez Delgado es un ejemplo típico de esta casta de rebeldes y de esa época. Después de deambular casi diez años en actividades guerrilleras por los Llanos del Sur de Occidente y las regiones

fronterizas adyacentes, se le reduce a prisión cuando al parecer se había reintegrado a una vida de trabajo y termina sus días pocos años después en un calabozo del Castillo Libertador, sufriendo pesados grillos y muy lejos de los llanos abiertos que le vieron nacer.

El doctor José León Tapia nos hace vivir intensamente en las páginas del presente libro la vida plena de aventuras de "Maisanta". De acuerdo a su método de trabajo, hay veracidad histórica a lo largo de todo el relato sazonada con la leyenda y el mito porque como muy bien dice el autor, "hay que rescatar también el mito y la leyenda". Para los venezolanos que puedan recordar esos tiempos, es un libro lleno de evocaciones y de informaciones precisas que aclaran la vida de acción de este personaje local, poco conocido en las regiones del país alejadas de su lar nativo y para las nuevas generaciones, viene a ser la revelación de una Venezuela pobre, levantisca y romántica que no conocieron y que no volverá a existir.

José Giacopini Zárraga

ENTRE ZAMORA Y MAISANTA

Orlando Araujo

Me parece que asistimos a un momento, fase o movimiento aluvional de lo que sin mayor precisión pudiéramos llamar literatura histórica de Venezuela. Lo de aluvional se me ocurre por el carácter torrencioso acumulativo y de recolección fecunda para labrantíos futuros que observo en las obras testimoniales que dominan el panorama literario venezolano en la primera mitad de esta época. Pero vayamos por parte. Literatura histórica es una expresión vaga y ambigua, en primer lugar porque toda literatura es histórica, y luego porque como denominación convencional (poesía épica, crónica, novela histórica) no corresponde a una época determinada, sino que se desliza a través del tiempo en géneros variables cuyo fondo común es el suceso realmente acontecido que sirve de centro a la danza circular del narrador.

*En este sentido, la literatura venezolana, y la hispanoamericana en general, cuentan con una tradición que las signa, desde las crónicas del Descubrimiento y Conquista y desde los largos poemas heroicos del romanticismo hasta la novela propiamente histórica (como *Las Lanzas Coloradas* y *Boves el Urogallo*), las memorias y el panfleto (*Pocaterra*, *Pío Gil*) y ese género sociológico-biográfico también cultivado entre nosotros por Ramón Díaz Sánchez, Mariano Picón Salas y Ramón Velásquez.*

Pero aquí no me refiero a ninguna de estas cosas, sino a una elaboración diferente, a una actitud narrativa distinta que, dentro de

aquella tradición, realiza una danza más testimonial cuyo objetivo es resaltar ante el lector ciertos aspectos del suceso histórico que han impresionado profundamente el autor y quien desea transmitirlos más al modo oral que dentro de un estilo escrito. Se trata bien de hechos vividos de algún modo por el autor como en el caso de testimonios de guerrilla o de política, o bien de hechos no vividos directa o indirectamente, pero recogidos oralmente en confesiones, relatos y recuerdos de quienes estuvieron personalmente vinculados a los mismos, como es el caso precisamente, de los dos trabajos que acreditan el esfuerzo intelectual de José León Tapia: "Por aquí pasó Zamora", y este "Maisanta" que ahora vamos a comentar.

En ambos, el método es el mismo: el autor, con paciencia y tenacidad que sólo explican una elevada pasión, ha recorrido su tierra barinesa buscando en los ríos, en los caminos, en los lugares de los acontecimientos y, fundamentalmente, en la nostalgia, en los recuerdos y en las consejas de los sobrevivientes, la huella viva de dos grandes violentos que cabalgaron sobre el llano su aventura libertaria en el grado diverso de la claridad y firmeza de principios y de la conciencia de sus objetivos.

Zamora y Maisanta son dos formas distintas de una misma violencia. Un azar cualquiera los lanza a la revuelta armada, en un país y en tiempos en los cuales ese azar es un destino. Los dos nacieron para mandar, tienen carisma, se hacen caudillos populares, combaten contra un Estado despótico y pierden la vida por la causa cuyo triunfo no logran alcanzar. Esto es lo que los une en la fatalidad de una violencia frustrada. Otras cosas muy significativas los separan hasta convertirlos en prototipos de los modos de guerra subversiva. Zamora es el guerrillero y el caudillo popular que va clarificando cada vez más el sentido y la finalidad colectiva de su lucha, que es hacia la conquista del poder político sin transacciones ni concesiones a las clases dominantes. Es un hábil militar con iniciativa creadora en la guerra de guerrillas que conduce a su ejército de victoria en victoria y a quien sólo detiene, en la víspera del triunfo total, una sospechosa bala de origen muy ambiguo. Es la única manera de impedir que el militar desarrolle, a la cabeza del Estado, la potencialidad del estadista que se instruye en su

ideario y en su acción. Maisanta es otra cosa. Es el fruto silvestre de un gran descontento, es el valor temerario y la emoción de la aventura que halla plenitud en sí mismo.

Un Maisanta necesita un Zamora o, de lo contrario, se pierde y se confunde en la pobreza de su horizonte mental; o lo confunden los "doctores", aprovechan, en sus cálculos políticos, la ingenua fe que ha puesto en una revolución que instruye, que husmea y que presiente en sus correrías pero que no logra plasmar como proyecto.

José León Tapia buscó y encontró a Zamora en la llanura barinesa. Hurgó en papeles, reconstruyó escenarios y apuntó y grabó las conversaciones en los viejos pueblos, en caseríos y en la propia Barinas, voces vivas y nostálgicas, con rasgueos de cuatro en anocheceres y con melancolía de esquilas al toque de oración, que es cuando a los viejos les gusta sentarse a enlazar leyendas en la cimarronera de una juventud que todavía los mantiene vivos. Después fue tras de Pedro Pérez Delgado, Maisanta, más cercano en el tiempo, menos historia y más romance, verdadero personaje para una gran novela que se presiente en este libro, sin pretensiones estilísticas de Tapia.

Por eso hablé de aluvión literario e histórico, porque en obras tan distintas en tema y tiempo como "Aquí no ha pasado nada", de Angela Zago; "Los Adecos" de José Salazar Meneses; "Aquí todo el mundo está alzado" de Rafael Martínez y este "Maisanta" de Tapia, se nos está ofreciendo un material de primera mano que ha roto nexos con la historia convencional, con el romanticismo heroificante y con la manía de estilo que literaturiza falsamente, para entregarnos en un estadio testimonial, pero coherente, materiales insólitos e imprescindibles para investigar y profundizar en el ser del venezolano en tres campos de esa investigación: en las ciencias sociales, en el de la filosofía y en el del arte.

Aquí doy la razón y la palabra a José León Tapia, quien sostiene, y yo lo acompaño muy de veras, que nuestra cultura ha bailado tanto al son de músicas de afuera que se ha quedado sorda hacia adentro; a pesar de que, escarbando un poco debajo de las costras académicas, esperan

buscando luz las auténticas esencias de nuestra condición humana y de nuestra especificidad histórica y social.

Ni cabía otro método ni el asunto se prestaba a malabarismos si tenemos en cuenta la intención del autor: rescatar con la frescura de sus propios manantiales, la imagen de un héroe popular todavía vivo en el lenguaje de quienes lo amaron, lo siguieron o lo conocieron.

La gran novela de que hablé como presentimiento puede emprenderla el propio José León, o muy legítimamente puede uno de nuestros narradores aprovechar lo que Tapia le regala; pero lo que él se propuso fue logrado: no fallarle a Maisanta y no fallarle al pueblo con el cual se confunde. Esto quiere decir que no hay falseamientos de lenguaje y que celebro con reconocimiento hacia el autor que, consciente de su empresa, no nos haya depravado el asunto de su obra con artimañas de narrativa a la violeta.

Porque habrá, sin duda, dos clases de lectores de "Maisanta": el lector cultista que "corregirá" el lenguaje y todo se le irá en gramática y ciencia del estilacho; y el lector vital, ansioso de sí mismo, fatigado el corazón de letras que no le mandan sangre y quien se alistarán con el autor, un cirujano medio brujo de Barinas, en las huestes irregulares de Maisanta para la catarsis de seguir a un hombre libre que quería vivir entre hombres libres, en un país violento que a veces nos quebranta la esperanza. Por estos lectores va este libro, como la vida.

Orlando Araujo

SOBRE MAISANTA

"Maisanta viene a ser, sin duda, uno de esos pocos libros que llegan a nuestras manos y se leen de un solo tirón, no sólo por reflejar sus páginas con dramática fidelidad lo que fue la vida de los llanos, a los comienzos del presente siglo, sino por el relato continuo de hechos tan inverosímiles por su temeridad y arrojo, como la enseñanza que trae de lo que vale la experiencia y la zamarrería que utilizó el general Páez, por aquellos mismos predios".

Guillermo José Schaell, Diario *El Universal*, Caracas.

* * *

"Habrá que leer pues este libro para conocer lo mucho de nuestra historia reciente, que está enredada en los mil caminos que hubo de andar Maisanta. Y deberán leerlo sobre todo los jóvenes. Los que de uno y otro modo son los herederos legítimos por la pureza de los ideales de este Maisanta que, sin conocer los azares de las ideologías, fue sin embargo, a su vez, el heredero de Ezequiel Zamora y de todos quienes en nuestro pasado lucharon contra las injusticias y las exacciones".

GANMA, Diario *El Nacional*, Caracas.

* * *

"Pero Maisanta es algo más: José León Tapia ha recogido la historia de Pérez Delgado de las mismas fuentes donde todavía se encuentra y la ha transcrito en el libro, casi en la misma forma. A su vez el libro es un rico filón para el trabajo de los narradores que se interesan por hacer

literatura partiendo de nosotros mismos, inspirándose en nuestros temas, problemas y dramas. Maisanta servirá para buscar y llegar al meollo de lo que somos".

R. L. Lovera De Sola, Diario *El Nacional*, Caracas.

* * *

"Médico de profesión, cirujano de cada día, pero con devoción por la historia, aporta ahora José León Tapia, capítulos de la historia, justamente menos estudiada, de la última década del siglo XIX y primero del actual. Al biografar un personaje de la lucha armada contra las autocracias y tiranías, nos da José León Tapia un vívido cuadro de un aspecto cardinal de la historia nacional de décadas atrás".

Pascual Venegas Filardo, Diario *El Universal*, Caracas.

* * *

"José León Tapia es un médico de extraordinaria calidad humana que se ha dedicado a recoger leyendas y a reconstruir la vida de algunos personajes venezolanos. En cada pueblo del llano reconstruye un episodio; cada anciano le comunica una vivencia personal. Una sabana, un río, una casa, una calle, guarda vinculación con el personaje que ama la libertad en su sentido más elemental, con una vaga concepción de pueblo, con un rechazo natural a la autoridad opresora".

José Vicente Rangel, Diario *Ultimas Noticias*, Caracas.

* * *

"Libro de entrañables testimonios: porque incorpora definitivamente a Maisanta como caudillo en la prosapia histórica. Porque vuelve a consagrar a su autor, José León Tapia, como escritor de enjundia e investigador de méritos sobresalientes. Y porque, en resumen, concurre a darle jerarquía a los valores de la provincia. Y en él y con él a quienes, llano adentro o cordillera arriba, solemos dejar también de vez en cuando la aseveración de nuestra palabra".

Elio Jerez Valero, Diario *Vanguardia*, San Cristóbal.

"El libro del doctor José León Tapia, Maisanta, El último hombre a caballo, es una reivindicación y una lección para que los venezolanos no olviden. Es también búsqueda interesante en los venezolanos del pueblo que se está abriendo paso en la literatura testimonial de nuestro país".

Luis Beltrán Prieto Figueroa, Diario *El Nacional*, Caracas.

* * *

"Con Maisanta da gusto ver que en las tierras llaneras la literatura y la historia no están naciendo de los cafés sofisticados de los "snobs" que andan "in", sino de los hombres patriotas que andan afuera en las tierras del pueblo, de los hombres de mano dura y de las mujeres que parían Maisantas".

Martín Cayanaure, Diario *Ultimas Noticias*, Caracas.

* * *

"Es fascinante la historia de Maisanta. Una herencia tal vez de barbarie y salvajismo, pero también de valor y espíritu de lucha para enfrentarse a las dificultades. Y en todo caso, una herencia que, nos guste o no, es la nuestra".

Juana de Avila, Revista *Elite*, Caracas.

* * *

"El choque psicológico producido por la lectura de este libro del médico barinés José León Tapia, nos lleva al balance de una época de un idealismo donde los fracasos se sucedieron por la anarquía de los mismos autores. Como los antiguos relatos, el libro tiene una moraleja y uno se pregunta si a tantos sacrificios de aquellos hombres sin cultura, henchidos por la leyenda de un destino mejor, les habrá llegado la hora del reconocimiento".

Oscar Rojas Jiménez, Diario *El Universal*, Caracas.

**Por Aquí Pasó
ZAMORA**

EXPLICACION

Estas notas son historia y anécdota; historia porque todas sucedieron y anécdota porque las llevan dentro.

Está lo que puede encontrarse en los libros, que hay muchos, pero con la tradición que sólo tenemos quienes de aquí somos, vivimos y conocemos nuestra gente por generaciones, durante toda una vida.

Desde la adolescencia comenzamos a preguntar y se fue quedando en la memoria lo que oíamos curiosos.

Después fuimos tomando notas escritas, con el tiempo grabándolas y comprobándolas en los libros. Hoy escribimos lo que en realidad pasó en Barinas en 1859, aquel año de fuego, muerte y plomo, cuando pasó Ezequiel Zamora, con sus mesnadas de desarrapados.

Ese año sucedió todo: revolución, triunfo, esperanzas y frustración, cuando el 10 de enero de 1860 cayó el líder en San Carlos casi en la agonía del 59, sin amanecer el 60.

Lo demás es una incógnita y tal vez a través de estas líneas, de verdad histórica y tradición de un pueblo que cambia apresuradamente con la vida moderna, podrá tenerse una idea del apasionante papel que jugó Barinas en la Patria, cuando se estremeció la sociedad con la Revolución Federal...

De todas maneras se cambiaron muchas cosas, que han podido ser más si no matan a quien tenía carisma e incorruptibilidad.

Prueba evidente de su magnetismo y controversia está en que el nombrarlo ahora mismo, en la Barinas actual, estremece a mucha gente, y algunos se han vengado en su nombre y hasta con su estatua.

La oligarquía no perdonará nunca al General del Pueblo Soberano el hecho de no haberse doblegado para ser su instrumento, como siempre sucede.

J. L. T.

Ediciones CENTAURO/76
Barinas. noviembre. 1976

Advertencia

Quiero dejar constancia de que no soy historiador. Soy cirujano y aficionado a rememorar el acontecer de mi pueblo. Por eso creo deberá perdonarseme el estilo, que es el de las narraciones populares, y cualquier dato que no este dentro de la rigurosidad histórica, de la cual son tan celosos los historiadores.

I

SEMBLANZA DEL PERSONAJE

Fue en Cúa, en el Estado Miranda, por allá en 1817, donde don Alejandro Zamora y doña Paula Correa, vieron nacer su segundo hijo, Ezequiel. Allí recibió una instrucción rudimentaria como la mayoría de los niños de su época y tuvo su mentor en el Dr. José Manuel García, abogado prominente de ideas liberales, quien le orientó en sus lecturas, le inculcó su amor al pueblo y le enseñó a ser hombre en sus continuos viajes por el llano venezolano.

Era alto y delgado de cuerpo, de nariz prominente, ojos azules y pelo castaño pasudo, como magistralmente lo describe don Laureano Villanueva. Menos de 30 años tenía cuando en 1845 comenzaron las luchas profundas entre liberales arruinados y los oligarcas dueños del poder.

Vivía en Villa de Cura, como pequeño comerciante, cuando empezó a hacerse eco de "El Venezolano" y la multitud de periódicos con que el Partido Liberal trataba de soliviantar a las masas, como única forma de defender sus intereses los criadores y agricultores quebrados por la carencia de circulante y la tremenda Ley del 10 de abril de 1834.

Los ponía ésta en manos de los banqueros y comerciantes, cuando no podían pagar sus deudas de préstamos con altísimos intereses, permitiendo la prisión y el embargo, con medidas perentorias

perfectamente respaldadas por la Ley y apoyadas por el partido Conservador, que se nutría de los antiguos realistas que quedaban en el país y quienes habían regresado después de la guerra de la Independencia para invertir y recuperar sus capitales confiscados y repartidos por el Libertador, como haberes militares, entre sus soldados.

Siendo este, tal vez, el factor más importante por el cual la oligarquía venezolana se captó a Páez, el héroe legendario, el más formidable conductor de masas, quien en un momento determinado perdió la perspectiva y fue el instrumento más importante en la reacción contra el Libertador, la separación de la Gran Colombia y la anulación de las confiscaciones, permitiendo el defraude de miles de soldados patriotas, cuyo camino no fue otro que la desbandada desesperada y la reacción violenta en contra de sus antiguos amos.

Estos dos sectores: los que nada tenían y tanto se les había ofrecido y los pequeños y medianos productores, acorralados por el agio y la usura, fueron el substrato del formidable movimiento cuyo símbolo fue la figura apasionada de Ezequiel Zamora.

Por el desconocimiento de las elecciones de 1846, la represión permanente ante el movimiento popular, después de la fracasada entrevista entre don Antonio Leocadio Guzmán, líder y demagogo liberal, y el General Páez, líder conservador después de tantas glorias populares, Zamora insurgió en armas y por las Sierras de Carabobo deja su primera estela de victoria al lado de Rafael Flores el Calvareño, del Indio Rangel y de muchos otros.

Al final fue derrotado y prisionero, salvado del fusilamiento por ocultar su nombre, condenado posteriormente a muerte y perdonado por la recia personalidad de José Tadeo Monagas, quien por un error de táctica del Partido Conservador suplantó a Soubllette en la Presidencia de la República. No así Rangel, cuya cabeza dentro de un saco fue enviada como trofeo macabro a La Viñeta, donde la recibió Páez, horrorizado ante tanto salvajismo.

Pasaron 10 años. Sirvió en el Ejército regular de Monagas y luego de la caída de éste, después de su período personalista y autócrata, cuando la oligarquía recuperó plenamente el poder usando esta vez a Julián Castro, en la lista de expulsados como elementos peligrosos figura Zamora, al lado de su cuñado, amigo y jefe Juan Crisóstomo Falcón. Reapareciendo después del 20 de febrero de 1859, cuando aquel puñado de valientes tomó la guarnición de Coro, al grito de "Federación". Con él andaba aquel barinés, trashumante, hoy día honrado entre nosotros, que se llamó Napoleón Sebastián Arteaga.

Y allí empezó la campaña avasallante del General del Pueblo Soberano, cuando todos los esclavos, teóricamente libres por orden del Libertador y atados de nuevo por la reciente Ley de Manumisión, los soldados patriotas o sus descendientes, con bonos de propiedad en las manos que nadie reconocía, teniendo que venderlos muchas veces a sus antiguos generales, ahora servidores del Partido Conservador, le siguieron ciegamente.

Este mismo fenómeno social trajo el caso triste de que un Páez, lleno de gloria y prestigio popular, se ganara el título de León de Payara al derrotar a los hermanos Farfán, sus antiguos tenientes de las Queseras del Medio, ahora defraudados en un arrebato de violencia por sus llanos apureños.

Y más triste aún cuando jocosamente se le llamó el "Rey de los Araguatos", en aquella lastimosa derrota que su antiguo Jefe de Estado Mayor y hechura suya, el lancero Cornelio Muñoz, le infligió por iguales motivos.

Toda esta gente que acompañó a Boves, quien les ofreció reivindicaciones y los bienes de los blancos, luchando en nombre de un Rey a quien no conocían, solamente por hacerlo en contra de sus antiguos amos que iniciaron la Independencia, todos estos hombres que por el genio prodigioso de Bolívar y la influencia telúrica del Mayordomo Páez, del Yagual y Mata de la Miel habían aprendido lo que era Patria y dado a la guerra de la Independencia verdadero sentido nacionalista, apartado de los motivos económicos de su

inicio, ahora desesperanzados y sin caudillo, buscaban una luz en la oscuridad de la opresión a que eran sometidos de nuevo por las antiguas clases dominantes que habían vuelto por sus fueros. Encontraron ellos en Ezequiel Zamora la ilusión de una Patria mejor y la motivación para recomenzar la lucha.

De allí que después del 20 de febrero, su campaña fue fulgurante. Decretó los Estados de Coro, Yaracuy y Portuguesa, donde las poblaciones enteras se plegaban a sus banderas: la tricolor de Venezuela y la amarilla de su Partido, con aquel mensaje de tantos años grabado en la misma, de: "Libertad, Igualdad, Fraternidad, Horror a la Oligarquía".

El 16 de abril de 1859, amaneció en Barinas, sitiando una ciudad defendida por uno de los bravos de Junín, el anciano General Ramón Escobar, Guardián del Gran Parque de Occidente.

Dura fue la batalla y durante 4 días de muerte y destrucción, no pudo tomar el recinto fortificado de la Plaza, dejando en el campo varios de sus mejores oficiales, la ciudad en un lamentable estado, pues fue atacada cuadra por cuadra y casa por casa, trayendo el anatema que hasta ahora sus enemigos le han asignado para siempre: el "Incendiario de Barinas".

Somos los primeros que ante la realidad histórica hemos lamentado este hecho de violencia para nuestra ciudad natal. Pero esta misma realidad nos confirma que bien poco quedaba para esa época de Barinas, la poderosa Sultana de antes de la Guerra de la Independencia, ya destruida varias veces por Tiscar y Puy. Así lo testimonia su propio hijo el General José Ignacio Pulido, quien después de Boyacá encontró un inmenso bosque en el lugar de la ciudad.

Cuando el General Silva, José Laurencio, otro de los de Junín, ocupó la población dos días después del sitio federal, tuvo que incinerar centenares de cadáveres en el recinto de nuestra actual Plaza Bolívar.

Y ya Zamora lo esperaba formado en batalla, en la sabana de San Lorenzo, más allá de Torunos. Las fortificaciones eran tan poderosas y la estrategia tan perfecta, que el viejo General no expuso su ejército, retirándose a Guanare y ganándose la crítica envenenada de los conservadores.

Siguió Zamora en nuestro Estado todo el resto de su vida militar. Hasta el momento de su muerte estuvo dentro de sus confines. Y el 14 de junio de 1859, el Concejo Municipal de Barinas:

“Considerando que el ciudadano General, con acierto y arrojo asombroso, venciendo en todas partes, ha venido en apoyo de la liberal Provincia de Barinas, dándole con toda plenitud el bien precioso de la libertad, elevándola al rango de Estado Federal, lo declara con el título de Valiente Ciudadano”.

En esa oportunidad queda bien firme la autonomía del Concejo Municipal, la organización de las Rentas Municipales, la elección directa del Gobernador del Estado, la creación permanente de la Asamblea Legislativa por voto directo, considerando al pueblo como única fuente de poder, abolición de la esclavitud, libertad de expresión, libertad de cultos, impuestos forzosos a los ricos propietarios para la continuación de la guerra y eliminación de privilegios familiares.

El apoyo fue tan unánime que toda la antigua Provincia estuvo con él. Y cuando unió sus tropas con el General Falcón, para encaminarse a la batalla definitiva, que decidiría la suerte de la República, en aquel pueblecito escondido en las márgenes del río Santo Domingo que se llamaba Santa Inés, pasó revista a un formidable ejército de miles de soldados voluntarios del pueblo soberano, quienes con el corazón rebelde de los oprimidos cantaban las frases del himno vibrante de la Revolución Federal:

El cielo encapotado
anuncia tempestades
y el sol tras de las nubes
pierde su claridad

*Oligarcas temblad
viva la libertad.*

Marchemos liberales
en recia multitud
a romper las cadenas
de vil esclavitud

La espada redentora
del General Falcón
confunde al enemigo
de la Revolución

Las tropas de Zamora
al toque del clarín
derrotan las brigadas
del godo malandrín

Aviva la candela
el viento barinés
y el sol de la victoria
alumbra a Santa Inés.

Allí estaban hombres de toda la República, que en mancomunidad de ideas esperaban al poderoso ejército conservador, que bajo el mando de Pedro Ramos, J. M. Rubín y M. V. de Las Casas, venían de nuevo a tratar de dominar la situación.

Y aquel día esplendoroso se dio en Venezuela la primera batalla de fortificaciones, pues en la selva de Santa Inés, plagada de trincheras comunicantes, que le permitían al ejército zamorano una amplia movilidad y una ventajosa posición, derrotaron asombrosamente a las tropas del Gobierno, donde venía lo más granado del ejército venezolano y los apellidos más encopetados de la sociedad caraqueña.

Después de El Bostero, Maporal, Torunos, Punta Gorda, El Corozo y Curbatí, aquel ejército en retirada fue dejando lo mejor de sus tropas y provisiones ante los continuos ataques de la caballería federal, incitada por los toques de clarín que el propio General en Jefe, montado en caballo rucio, con guerrera militar azul, banda amarilla en el pecho y el quepis empenachado con flores amarillas de la sabana, daba sin cesar en el fragor de la batalla.

Solamente permitió el escape de 200 hombres entre oficiales y soldados, que después de muchas penalidades lograron llegar a Mérida con la triste noticia.

Después del triunfo y en el alborozo de la victoria, que todos ya veían clara, comenzó dentro del ejército liberal una lucha interna entre las dos corrientes que nunca faltan dentro de las revoluciones.

Los unos, los conciliadores, que trataban de ganarse a Falcón, Presidente en campaña, quienes veían en la tremenda personalidad de Zamora, en la pasión y firmeza de sus postulados, de incorporación de las clases desposeídas a la producción nacional, de la ruptura de la estructura latifundista del país, de la participación activa del pueblo en las grandes decisiones nacionales, de la autonomía del gobierno apoyado en las clases populares ante la presión de los intereses económicos, un peligro para ellos mismos que tenían mucho que perder.

Y los otros, los radicales, quienes junto con Zamora querían la revolución hasta sus últimas consecuencias.

Sucedió con nuestro General, lo que años después le pasaría en México a aquel otro genuino representante del pueblo que se llamó Emiliano Zapata.

Y así en la euforia de un hecho cierto, como era su entrada en Caracas, mientras rendía la plaza de San Carlos un balazoegó su vida. Paradójicamente cayó en brazos de Antonio Guzmán Blanco, su oficial de confianza, futuro autócrata de la Patria y quien

cosecharía el fruto de la componenda que fue el Tratado de Coche, donde la revolución condicionaría sus banderas y donde quedaron enterradas muchas aspiraciones del pueblo venezolano. Aspiraciones que aún perduran y son elementos de lucha de esa corriente progresista, incontaminada y un poco romántica que existe dentro de todos nuestros partidos políticos.

Queda un punto oscuro ante la Historia. Todavía se duda si el disparo de San Carlos vino de las filas liberales o conservadoras. Pero lo que sí queda claro y preciso en la opinión de los hombres de pensamiento libre de este país es que si Zamora no hubiera muerto en aquella triste mañana de Cojedes, no habría sucedido la vergonzosa derrota de Coplé, el desmembramiento del ejército popular y por consiguiente la firma del Tratado de Coche, que dio al traste con tantas esperanzas y retardó en muchos años el proceso democrático de la Patria.

Su talla humana, su profunda fe en la causa de los oprimidos y compenetración absoluta con el pueblo en armas, no hubieran permitido la eliminación de los más caros anhelos populares. Y menos aún la desaparición de la cláusula relativa a la elección directa de los poderes públicos.

No hubiera permitido el freno a la acción reivindicativa de las masas que exigían mejoramiento económico y transformación de las bases materiales de la sociedad aristocrática colonial, ya de por sí golpeada enérgicamente por la Guerra Federal.

Por consiguiente, tal vez ese mismo pueblo, otra vez desilusionado y anárquico, no hubiera caído en el caudillaje personalista, consecutivo a la guerra larga, que trajo como consecuencia la tesis reaccionaria del gendarme necesario, plasmada en la autocracia civilizada de Antonio Guzmán Blanco y la campesina bonachona y satírica de Juan Vicente Gómez.

Afortunadamente, en la época de Gómez, ante el auge petrolero, con un gobierno millonario y a pesar de su tremenda dureza, fue

apareciendo en la conciencia de nuestros hombres el concepto de proletariado, de burguesía, de reivindicaciones sociales, los cuales afloraron definitivamente después de la muerte del dictador, con un pueblo ansioso que siempre ha puesto las esperanzas en sus mejores líderes y ha sido tantas veces burlado al ponerse éstos al servicio de intereses económicos en esa cadena de frustraciones que a lo largo de su historia se han venido sucediendo, tal vez por faltarles lo que tanto tuvo Ezequiel Zamora: su incorruptibilidad e intransigencia revolucionaria. Sin embargo, su prédica, su prestigio y genio militar, dejaron sembrado en la mente del pueblo venezolano el concepto básico de igualdad racial. Por primera vez la Patria también fue para los negros, indios y pardos, con su deseo ferviente por la eliminación de camarillas militares, privilegios de familia y la permanente reacción que siempre ha tenido este país para responder a la clase dueña del capital, cada vez que intenta agobiar en una u otra forma a los grupos sociales menos poderosos.

No creemos históricamente correcta la afirmación de que de no haber muerto Zamora hubiera llegado hasta destruir totalmente el régimen oligárquico, pues para aquel momento la sociedad venezolana carecía de las bases necesarias para un proceso tan avanzado. La escasa economía, la ausencia de burguesía y proletariado así lo demuestran.

El instinto revolucionario de Ezequiel Zamora y sus huestes desarrapadas no murió con él. Persiste todavía en la profundidad de las aspiraciones de un pueblo aún no dueño de su destino y algo ha quedado, repetimos, pues a su movimiento debemos, entre otros logros, el que en este país, para ser Doctor o General, Gobernador o Congresista, no se pregunte qué color tenemos, nuestro origen familiar o la cuantía de nuestros bienes, sino la capacidad o la habilidad personal de cada quien, con ese hermoso sentido igualitario con que los venezolanos actuamos a todos los niveles y que nos diferencia definitivamente del resto de los países latinoamericanos, donde todavía se piensa con la mentalidad de otros tiempos.

Esto solamente justificaría de por sí la Guerra Federal como movimiento nivelador aunque cruento, consecuencia inminente de la Independencia, que fue completa en lo político, pero dejó tanto que desear en el aspecto económico y social, perdurando el económico como punto permanente de controversia en la base de nuestras organizaciones políticas.

Hemos querido hacer esta semblanza del personaje porque, a pesar de la polémica que cada día se mantiene viva y que a nuestro criterio agiganta su nombre cuando después de 100 años todavía se discuten sus ideas, su figura procerca estará por siempre íntimamente ligada al pueblo de Barinas, pues aparte de la creación del Estado y sus Cuerpos Legislativos, la fecha gloriosa de tal vez una de las victorias populares más sonadas de la Patria como fue Santa Inés, el 10 de diciembre de 1859, todavía permanece en el Escudo Regional.

Y nuestro Estado tuvo su nombre desde la Presidencia del Mariscal Falcón hasta el 9 de enero de 1937, cuando renacía la Patria después de la muerte de Juan Vicente Gómez y hombres distinguidos de Barinas, de inconfundible fe democrática, por falta de información, por presiones que todavía perduran, en un gesto incomprensible le quitaron su nombre dejándole, afortunadamente, con el glorioso de Barinas, con el cual el mismo Zamora le había hecho Estado Federal en 1859.

II

ASI LLEGO

Después del 20 de febrero, cuando en Coro comenzó la guerra, desde Curazao se vino el hombre, entrando por La Vela.

Organizó el primer Estado Federal en Coro, lanzó un programa de gobierno, cuando era novedad hablar de cosas tan simples hoy como la abolición de la pena de muerte, libertad de prensa, de tránsito, de asociación, inviolabilidad de la correspondencia, libertad de cultos, eliminación de la prisión por deudas, igualdad ante la ley sin distinción de clases sociales, inviolabilidad de la propiedad, impuesto a la riqueza, independencia del poder electoral, elección universal, directa y secreta del Presidente de la República, legisladores, magistrados civiles, gobernadores de Estados y jueces, gratuidad de la administración de justicia, gratuidad y derecho a la asistencia de la salud pública para todo el pueblo venezolano, prohibición de la prisión sin juicio y educación obligatoria gratuita.

Quería aplicar lo que para entonces era revolucionario, pero que hasta acá no había llegado porque no lo dejaban llegar.

En la mente de Ezequiel Zamora se quedaron algunas ideas y por eso habló muchas veces de confiscar tierras para distribuirlas después. "La tierra no es de nadie, es de todos", dijo a la gente de los pueblos.

JUICIOS SOBRE EL AUTOR Y SU OBRA

JUICIO EN VOTO SALVADO/Pedro Berocs	7
POR ZAMORA Y POR TAPIA/Orlando Araujo	9
LIBRO ESCRITO A PIE Y A CABALLO/Pedro Francisco Lizardo.....	11
EL AUTOR Y SU OBRA/José Giacopini Zárraga.....	13
ENTRE ZAMORA Y MAISANTA/Orlando Araujo.....	17
SOBRE MAISANTA.....	21
HISTORIAS COMO FABULAS DE JOSE LEON TAPIA Manuel Bermúdez.....	25

POR AQUI PASO ZAMORA

EXPLICACION.....		37
I.	Semblanza del personaje	39
II.	Así llegó.....	49
III.	La Coral	57
IV.	El sitio.....	61
V.	La ruina.....	69
VI.	El general de las palomas blancas	71
VII.	La Bellaca	75
VIII.	El cañoneo de San Lorenzo	77
IX.	Juana María.....	79

X.	Pedro Manuel	81
XI.	Los desafíos silenciosos	83
XII.	El cura Simón Pedro.....	85
XIII.	Lo que pidió Martín Espinoza	89
XIV.	Tiburcio.....	91
XV.	El coronel Rojas	95
XVI.	Los cañonazos del Guanare	97
XVII.	Zamora y Guillermo Tell.....	99
XVIII.	Valiente ciudadano	101
XIX.	La llegada de Leopoldo Terrero	103
XX.	Iriarte.....	105
XXI.	El doctor Ariza.....	107
XXII.	La pierna de José Antonio Baldó.....	109
XXIII.	Las mujeres	113
XXIV.	El soldado que robó.....	115
XXV.	El jabón.....	117
XXVI.	La corneta	119
XXVII.	El talón de Espinoza.....	121
XXVIII.	El anillo de Martín Espinoza	125
XXIX.	Jiguao.....	127
XXX.	El ciego	129
XXXI.	Santa Inés.....	133
XXXII.	La herida del coronel Jelambi.....	151
XXXIII.	Las matemáticas del coronel Mencses	155
XXXIV.	La noche de las antorchas.....	157
XXXV.	El macho de Guzmán Blanco	161
XXXVI.	Hasta San Carlos	163
XXXVII.	Los cuatro soldados de Nutrias.....	167
XXXVIII.	Morón	171
XXXIX.	La mápora de Aranguren.....	173
XL.	La espera.....	177
XLI.	El nombre.....	179
XLII	El decreto	187

LOS RECUERDOS QUE AUN PERDURAN

XLIII.	La plaza.....	191
XLIV.	Navarrete Romero	195
XLV.	El juramento.....	197
XLVI.	Laguna	203
XLVII.	El viejito de los ojos azules	205
XLVIII.	¿Canta su guacharaca?.....	209
XLIX.	Los que se fueron	211
L.	Los "matroces" de la Federación	213
LI.	Cascas	217
LII.	El burro negro	219
LIII.	El duende	221
LIV.	No le entraba el plomo	225
LV.	Los santos de Santa Inés.....	231
LVI.	Para terminar	233
	Epílogo.....	235

JOSE LEON TAPIA, médico y escritor venezolano, nativo de Barinas (1928), es autor de diferentes trabajos científicos entre los que se inscriben los libros *La Medicina en Barinas en tiempo pasado y presente* y *Una Visión de la Medicina*.

Sus obras literarias fueron recogidas por **CENTAURO** en tres volúmenes, el año 1989, en este orden: **I/ Los Años del Olvido y Cuando se alarga la esperanza. II/ Por aquí pasó Zamora, Maisanta, el último hombre a caballo y El Tigre de Guaitó. III/ Tierra de Marqueses, La Música de las Charnelas, La Heredad y Viento de Huracán.**

Según José Vicente Rangel "Tapia es el fabulador de las leyendas llaneras. Es no sólo el recopilador de cuentos contados por la gente del pueblo, sino su hacedor. El hombre capaz de transformar la anécdota intrascendente en profética expresión colectiva". Y agrega: "Ramón J. Velásquez dice que José León Tapia había logrado recoger la 'otra historia', la de los perdedores, las figuras agónicas que como fantasmas recorrieron sabanas y pueblos con gritos de redención y banderas de esperanza. **Maisanta, Zamora, el tigre de Guaitó** son las sombras historiadas, o mejor, noveladas por la mano diestra del escritor".

Apasionado de la historia, de los mitos y leyendas de su tierra llanera, José León Tapia ha ingresado con sus singulares libros a la noble estirpe de los médicos escritores.

Con **Maisanta, el último hombre a caballo**, se inicia en marzo de este año una colección de las obras del autor en pequeño formato y bajo costo, que el editor José Agustín Catalá con su sello **CENTAURO** se complace en ofrecer al gran público que lo ha venido solicitando.

Caracas, julio de 1992